



CyP

Revista Cambios y Permanencias

Publicación multi e interdisciplinar
orientada a los estudios sociales

Revista Cambios y Permanencias

Grupo de Investigación Historia, Archivística y Redes de Investigación

Vol. 9, Núm. 1, pp. 166-206 - ISSN 2027-5528

Crítica a las propuestas económicas de las teorías decoloniales

Critic to the economic proposals of the decolonial theories

Leonardo Favio Osorio Bohórquez

Universidad del Zulia
org/0000-0001-6512-6382

Recibido: 1 de febrero de 2018

Aceptado: 9 de abril de 2018



Grupo de
Investigación
Historia
Archivística y
Redes de
Investigación

Crítica a las propuestas económicas de las teorías decoloniales

Leonardo Favio Osorio Bohórquez
Universidad del Zulia

Licenciado en Educación, Mención: Historia, con reconocimiento Summa Cum Laude, de la Universidad del Zulia. Magister Scientiarum en Historia de Venezuela, por la Universidad del Zulia. Cursante del doctorado en Ciencias Humanas de la Universidad del Zulia. Ganador del premio Agustín Millares Carlos, edición 2015, otorgado por la Academia de Historia del Estado Zulia.

Responsable del proyecto de Investigación titulado *Poder, negocios y rivalidades locales en el proceso de consolidación del Estado en Venezuela (Siglos XIX-XX)*, que forma parte del programa de investigación *El ciudadano construye su historia: Reconstrucción del imaginario, uso del espacio, procesos y socioeconómicos y políticos (Siglos XIX-XXI)*, Financiado por el Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico de la Universidad del Zulia (CONDES).

Correo electrónico: Leonardofavio87@gmail.com

ORCID ID: orcid.org/0000-0001-6512-6382

Resumen

El objetivo es realizar una crítica a las propuestas económicas de las teorías decoloniales que buscan modelos alternativos al sistema capitalista. A pesar de trabajar bajo nuevas epistemologías, todavía se analiza bajo criterios muy ortodoxos los temas económicos. Fue utilizado el método analítico-sintético por medio de una revisión teórica de algunos autores representativos de los enfoques decoloniales. Se concluye que no se ha consolidado una teoría macroeconómica sistemática, sino que simplemente se han planteado diferentes propuestas que carecen de un adecuado sustento económico.

Palabras clave: Teorías decoloniales, epistemología, capitalismo, economía.

Critic to the economic proposals of the decolonial theories

Abstract

The objective is to make a critique of the economic proposals of decolonial theories that seek alternative models to the capitalist system. Despite working under new epistemologies, economic issues are still analyzed under very orthodox criteria. The analytical-synthetic method was used through a theoretical review of some representative authors of the decolonial approaches. It is concluded that a systematic macroeconomic theory has not been consolidated, but simply that different proposals have been proposed that lack an adequate economic support.

Keywords: Decolonial theories, epistemology, capitalism, economics.

Introducción

En la actualidad, las teorías decoloniales han cobrado gran fuerza en el campo de las ciencias sociales; estas buscan descolonizar el poder, la economía y los saberes en el contexto mundial. Se trata de validar otras formas de organización social hasta ahora invisibilizados por el “paradigma hegemónico-capitalista occidental”. Son cada vez más los textos y artículos publicados bajo estos enfoques, patrocinados entre otros organismos por el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLASCO). Se trata de redefinir buena parte de los supuestos marxistas que hicieron eclosión a finales de la década del siglo XX, luego de la caída del muro de Berlín y la Unión Soviética.

Con el resurgir de la nueva izquierda en Latinoamérica y en otros espacios en el contexto global, nuevamente surgen estos enfoques, que cuestionan los fundamentos del capitalismo en particular, y del modelo civilizatorio occidental en términos generales, según esos enfoques por ser altamente excluyente. Se intenta una vez más denunciar las diferentes formas de dominación y explotación realizadas en el escenario de la globalización actual.

A diferencia de los clásicos enfoques marxistas, ya no se basan solamente en el estudio del mundo material, sino que se intentan plantear análisis interdisciplinarios con base en epistemologías múltiples que reivindicuen los saberes de los llamados pueblos sometidos (Foucault, 1996).

Ya advertía Inmanuel Wallerstein sobre la necesidad de abrir las ciencias sociales y superar definitivamente la parcelación del conocimiento establecida por el positivismo (Wallerstein, 2007). Es así como bajo esas tendencias ahora se intenta estudiar el capitalismo en una perspectiva amplia desde enfoques multidisciplinares:

“Debemos entender que el capitalismo no es sólo un sistema económico (paradigma de la economía política) y tampoco es sólo un sistema cultural (paradigma de los estudios culturales/poscoloniales en su vertiente „anglo“), sino que es una red global de poder,

integrada por procesos económicos, políticos y culturales, cuya suma mantiene todo el sistema” (Castro y Grosfoguel, 2007, p. 17).

A pesar de que los estudios decoloniales se han enfocado desde diferentes perspectivas, en este trabajo particular se hace énfasis en cuestionar las bases sobre las que se fundamentan su crítica al capitalismo y sus propuestas de crear “un nuevo modelo económico postcapitalista”. Este trabajo entonces tiene como objetivo realizar una crítica a las propuestas económicas de las teorías decoloniales. Para ello se recurre a la teoría económica liberal clásica que permite evidenciar la falencia de esas propuestas.

Es importante mantener las críticas y los debates cada vez más necesarios en el ámbito de las ciencias sociales. Esto sobre todo cuando los estudios decoloniales se están convirtiendo en un nuevo paradigma hegemónico como en su momento lo fue el marxismo ortodoxo. A pesar de su positiva aceptación en el ámbito latinoamericano y otros contextos del llamado tercer mundo, se piensa que en el ámbito económico no se ha avanzado en proponer realmente alternativas eficaces y efectivas para desarrollar modelos prósperos para las mayorías.

La ausencia de modelos macroeconómicos y de una teoría sistemática para lograr consolidar una alternativa eficiente al capitalismo todavía no se ha dado, así como en su momento el socialismo real no logró resultar en la práctica, generando mayor penuria para sus habitantes. A pesar de eso la crítica al capitalismo como causante de la pobreza y la exclusión es una constante desde los clásicos estudios marxistas de la dependencia hasta la actualidad.

Sin embargo, no solo se busca abolir los mecanismos de dominación económica con esos estudios decoloniales, sino otras formas de exclusión y explotación basadas en el sexo, la raza o los saberes. Aunque pueden ser aceptables algunas de sus investigaciones, no todas sus propuestas poseen la misma solidez. Para analizar esos enfoques, fue utilizado el método analítico-sintético por medio de una revisión crítica de algunos autores fundamentales que trabajan bajo los enfoques decoloniales, entre los que cabe destacar a

Bouenaventura de Sousa, Immanuel Wallerstein, Aníbal Quijano, Edgardo Lander, Enrique Dussel, Santiago Castro Gómez entre otros.

¿En qué consisten las teorías decoloniales? Crítica de una ideología

Es fundamental entender que los estudios decoloniales son diversos y se han planteado desde diferentes perspectivas, aunque mantienen un núcleo en común. La crítica al eurocentrismo como modelo universal civilizatorio, al capitalismo como sistema de explotación económica, a la sociedad patriarcal que invisibiliza a las mujeres, y la discriminación fundamentada en las diferencias raciales.

Aníbal Quijano fue quien acuñó el término colonialidad del poder, para explicar cómo fue creada una estructura de poder colonial a partir de la conquista de América fundamentada en la idea de raza que marcó las diferencias entre conquistadores y conquistados:

“La codificación de las diferencias entre conquistadores y conquistados en la idea de ‘raza’, una supuesta estructura biológica que puso a algunos en una situación natural de inferioridad con respecto a otros. Los conquistadores asumieron esta idea como el elemento fundamental y constitutivo de las relaciones de dominación que impuso la conquista [...] El otro proceso fue la constitución de una nueva estructura de control del trabajo y sus recursos, junto a la esclavitud, la servidumbre, la producción independiente mercantil y la reciprocidad, alrededor y sobre la base del capital y del mercado mundial” (Quijano, 2000, p. 533).

De esa manera se ponderó el elemento blanco europeo como el único representante del desarrollo y de la cultura, invisibilizando las formas tradicionales de las sociedades indígenas hoy americanas, y luego de los pueblos africanos traídos en condición de esclavos. El control del trabajo fue esencial para estructurar una colonialidad del poder. Fue una dominación llevada a cabo en diferentes direcciones según Quijano: El «patrón de poder colonial» es un principio organizador que involucra la explotación y la dominación

ejercidas en múltiples dimensiones de la vida social, desde las relaciones económicas, sexuales o de género hasta las organizaciones políticas, las estructuras de conocimiento, las entidades estatales y los hogares (Quijano, 2000).

Con la conquista de América se dio forma al sistema mundo moderno colonial, que según Dussel y Wallerstein comienza a configurar una dominación de alcance global con la hegemonía de Occidente como nunca antes en la historia de la humanidad. Nuevamente se empieza a analizar estos procesos bajo una relación de dependencia centro-periferia.

En gran parte esa teoría del sistema mundo es una reformulación de las teorías de la dependencia, que consideran que el subdesarrollo es debido a la explotación de las grandes potencias hegemónicas hacia las periferias condenadas a producir materias primas para satisfacer la demanda de los grandes centros industrializados.

Sin embargo, la teoría del sistema mundo desde las visiones decoloniales no se basa únicamente en la dependencia económica sino en un patrón de poder colonial que condiciona los saberes y el “ser” de los pueblos. Como plantea Grosfoguel, para hacer más explícito las formas diversas de dominación, prefiere “hablar del ‘sistema-mundo europeo/euro-norteamericano capitalista/patriarcal moderno/colonial’ (Grosfoguel, 2007).

Ese sistema mundo no terminó con la independencia de América, según los estudios decoloniales se mantuvo el patrón de poder colonial como explica Walter Mignolo,

“La primera descolonialización (iniciada en el siglo XIX por las colonias españolas y seguida en el XX por las colonias inglesas y francesas) fue incompleta, ya que se limitó a la independencia jurídico-política de las periferias. La segunda descolonialización —a la cual nosotros aludimos con la categoría decolonialidad— tendrá que dirigirse a la heterarquía de las múltiples relaciones raciales, étnicas, sexuales, epistémicas, económicas y de género que la primera descolonialización dejó intactas. Como resultado, el mundo de comienzos del siglo XXI necesita una decolonialidad que complemente la descolonización llevada a cabo en los siglos XIX y XX” (Mignolo, 2007, p. 17).

Para superar ese patrón de poder colonial, se plantea una descolonización capaz de abolir todas las formas de dominación en el plano económico, racial, cultural entre otros. Con la categoría modernidad colonialidad se representa el orden civilizatorio construido por Occidente que, al responder a la episteme eurocéntrica, implica la gestión y el control del ser, del poder y del saber en el Sistema Mundo a través de la asimilación de los modos de ser, conocer y de ejercer el poder según los parámetros del hombre blanco, occidental y cristiano.

Según Arturo Escobar, el Programa de Investigación Modernidad/Colonialidad concluye que: “No hay modernidad sin colonialidad, siendo esta última constitutiva de la primera”; la unidad analítica propia para el análisis de la modernidad es la modernidad/colonialidad; y la “diferencia colonial” es espacio epistemológico y político privilegiado” (Escobar; 2003, p. 61).

De esa manera los estudios llamados decoloniales, buscan precisamente descolonizar el ser, el saber y el poder de los pueblos hasta ahora sometidos. Es así como se ha discriminado a diversos pueblos por tener otras racionalidades diferentes a la occidental capitalista según esos enfoques. Como asevera Belin Vázquez, se promovía la noción de una ciencia y civilización universales que dio lugar a un racismo científico:

“Es en este contexto que pudiéramos hablar de un racismo científico, pues al convertirse en hegemónico este modelo de humanidad los conocimientos fueron clasificados en superiores o inferiores, conforme al imaginario racial de la blancura personificado en el imaginario de la civilización y su opuesto, el imaginario de la barbarie que impedía su desarrollo” (Vázquez, 2011, p. 27).

Entonces la discriminación hacia otros pueblos se daba también en el marco de sus conocimientos, incapaces de lograr el verdadero progreso según la civilización occidental. El pensamiento ilustrado puso gran énfasis en el desarrollo de las ciencias, sobre todo las denominadas físicas y naturales con el fin de ser usadas para el progreso de la industria, esto acorde con el desarrollo del capitalismo.

En contraposición a esos enfoques eurocéntricos, desde una visión decolonial, Catherine Walsh propone una interculturalidad crítica capaz de abolir las relaciones de dominación y discriminación que se dan entre la interacción de diferentes culturas (Walsh, 2010). Asimismo, Walter Mignolo plantea la idea de una desobediencia epistémica que busque la construcción de conocimientos científicos bajo otros esquemas y racionalizaciones no occidentales (Mignolo, 2010).

Se trata de superar la episteme que construyó occidente fundamentada en la idea de la *hybris* del punto cero, como argumenta Santiago Castro Gómez (2014). El eurocentrismo validaba un conocimiento neutro y universal: “El eurocentrismo se perdió por la vía de un universalismo descarnado, que disuelve todo lo particular en lo universal” (Grosfoguel, 2007, p. 71). Para dejar de lado esa historia eurocéntrica desde los estudios decoloniales se plantea construir una nueva historia universal, como propone Enrique Dussel, para historiar otras sociedades no hegemónicas en el contexto mundial.

Esto para superar la visión del hombre blanco como protagonista de la historia y negador de las diferencias sociales. Es lo que Boaventura De Sousa denomina como sociología de las ausencias, justificada en una serie de criterios que excluyen a gran parte de la humanidad, ya sea por razones de raza, sexo, nivel económico o desarrollo científico (De Sousa, 2010). Para eso se propone construir una ecología de saberes.

En apariencia esos planteamientos parecen ser muy consistentes, logran gran apoyo puesto que buscan el ideal de abolir las formas de dominación ejercidas globalmente por Occidente. Sin embargo, todavía se quedan muy en el plano de la ideología. El llamado racismo científico o formas de discriminación no ha sido solamente propio del mundo occidental, muchos pueblos no occidentales y sociedades tribales no siempre han desarrollado una cultura de la otredad, y se consideran a sí mismos superiores a otros pueblos, aunque no hayan logrado imponer una dominación global.

Por eso es cierto que se debe construir una epistemología mucho más plural, pero que no deje de tomar en cuenta los aportes de Occidente. No es cierto que toda la ciencia

occidental ha servido para crear formas de dominación, se ha hecho grandes aportes a la humanidad. Los principios democráticos, la libertad individual, el desarrollo de la ciencia y la tecnología ha tenido importantes avances, aunque no únicamente, en el mundo occidental.

Otro punto discutible, es asumir que todos los tipos de conocimiento poseen la misma rigurosidad o son igual de validos como proponen ciertas tendencias relativistas. No se trata de marcar diferencias con base en el origen social, racial o el contexto cultural donde se construye un planteamiento científico, simplemente aceptar que existen propuestas mejor argumentadas.

Como plantea Padrón (2008), el conocimiento para ser científico debe tener altos niveles de socialización, fundamentación teórica y sistematización. Algunos tipos de conocimiento pueden tener altos de niveles de socialización y sistematización, pero poco de fundamentación teórica. Entonces no es que unos conocimientos no sean científicos, sino que otros son más científicos precisamente por los altos niveles de rigurosidad expresados. Además, siempre es fundamental la contrastación con la realidad, como las teorías funcionan o no dentro de determinados contextos.

Entonces, si bien se cree que se puede construir conocimiento científico altamente riguroso dentro de distintos contextos socioculturales, se niega que todos los saberes tengan la misma solidez y funcionen de igual manera en la realidad. Cuando se discuta el tema concerniente a la economía, se argumenta que muchas propuestas planteadas por las teorías decoloniales carecen de un adecuado sustento teórico y sistematización, más allá del “noble ideal” de querer abolir todas las formas de dominación y buscar la igualdad.

Lo importante no es realmente la consistencia teórica al parecer, sino simplemente demostrar que existen otros planteamientos no eurocéntricos para entender la realidad. Por tal razón, se propone construir unas “epistemologías del sur”, que respondan precisamente a los conocimientos ancestrales y plurales de otros pueblos no occidentales ubicados en las periferias: “Se llama sur, ya sabemos, a todos los excluidos del sistema dominante

occidental en cualquier lugar del mundo, que luchan en distintos movimientos sociales por la recuperación de su dignidad y lugar en el mundo” (Guarín, 2017, p. 411).

Es curioso ver como con base en esa categorización, los pueblos del sur que luchan “contra la hegemonía de Occidente por su dignidad”, constituiría una variedad multiforme y heterogénea difícil de precisar. Además, pareciera no existiera movimientos sociales a favor de la articulación a la globalización. El punto es hacer ver cómo todos los pueblos del mundo sufren una dominación global que les impide mejorar su nivel de vida. La básica teoría de la dependencia no limitada esta vez al plano económico, sin reconocer las fallas internas de esas sociedades por mantener instituciones políticas y económicas estables y transparentes.

De la misma forma para superar la hegemonía de Occidente, los estudios decoloniales explican que se debe descolonizar la memoria histórica de los pueblos, con el fin de historiar los sectores subalternos poco tomados en cuenta por las historiografías oficiales. La historia universal, tradicional y eurocéntrica obviaba la pluralidad de los pueblos. Por eso se intenta realizar una historia más allá del eurocentrismo:

“El tropo más allá del eurooccidentalismo se inscribe en la necesidad de recuperar memorias forcluidas, el diálogo pluricultural y la traducción intercultural en tanto deslizamiento epistémico que intenta visibilizar los contenidos enmarcados y excluidos dentro de los horizontes de la colonizadora historia en singular de occidente” (Contreras, 2014, p. 295).

Realizar nuevas historias es uno de los planteamientos centrales de esos enfoques decoloniales, pero habría que ver qué lugar se le dará a Occidente, y si será solo estigmatizado como una geocultura representante de la colonización y dominación. Esto no contribuiría en nada a realizar otro tipo de historia más explicativa e inclusiva.

Es importante estudiar esos sectores subalternos, enmascarados e invisibilizados como se afirma, pero sin dejar de estudiar a las elites, sin caer tampoco en una construcción

de alteridades negativas como ellos mismos han denunciado. El hombre blanco, occidental, propietario, cristiano, no puede ser siempre catalogado como un opresor. Rescatar otras formas de ser no debe implicar negar tampoco los valores positivos del mundo occidental. La colonización no solo implicó dominación y saqueo, también hubo aportes a las sociedades americanas y de otros continentes. La institucionalidad, la construcción de caminos y poblados, la incorporación de nuevos cultivos y métodos de producción, entre otros aspectos fueron aportes traídos por los europeos.

No obstante, esos estudios decoloniales siempre plantean la colonización como un sistema de explotación: “el carácter colonial está caracterizado por la opresión/explotación cultural, política, sexual y económica de grupos subordinados racializados/étnicos por parte de grupos raciales/étnicos dominantes más allá de la existencia o no de administraciones coloniales” (Bidaseca, 2017, p. 204).

Con base en esos discursos los estudios decoloniales parecen negar los aportes de la colonización y Occidente en general porque se enfocan solamente en analizar las formas de dominación. En parte sería retomar las tesis tradicionales de la leyenda negra que niegan el aporte europeo.

No cabe duda que puede haber muchos planteamientos discutibles en esas interpretaciones presentes en los estudios decoloniales, ciertamente no se puede negar la exclusión y dominación que en su momento Occidente estableció sobre los pueblos con los que entró en contacto, así como lo hicieron otras culturas hegemónicas a lo largo de la historia aunque no llegaran a tener el alcance global de Occidente, pero la aspiración siempre ha sido la expansión máxima de la dominación de acuerdo a las posibilidades que tuvo cada pueblo.

De igual forma es cierto que esos pueblos víctimas de procesos de dominación no están exentos de contradicciones y formas de violencia y exclusión a lo interno de sus sociedades a lo largo de su historia. La colonización de América, por ejemplo, no pudo

lograrse si no es con el apoyo de las etnias rivales para realizar la conquista de los imperios azteca e incaico.

Con ese planteamiento no se quiere crear un discurso que justifique la dominación, la colonización y la violencia. Simplemente se busca reflejar una realidad, la violencia no es ejercida nunca en una sola dirección, las sociedades indígenas se mantenían en permanentes conflictos entre sí. Los aztecas e incas fueron pueblos que impusieron la dominación, los Caribe eran guerreros por naturaleza que combatían a otras etnias y se asumían ellos como un pueblo superior. Es un mito la visión del “buen salvaje”.

Por eso las formas de exclusión, dominación y violencia es una constante en diversos pueblos de la humanidad, no solo de Occidente. La historia universal entonces tampoco puede ser contada únicamente reflejando la violencia ejercida por Occidente como tanto destacan los estudios decoloniales, porque sería caer en nuevas formas de maniqueísmo que no aportan nada nuevo a la historia.

Una historia de víctimas y victimarios, buenos y malos, el blanco contra el negro, el hombre contra la mujer, el rico contra el pobre, es decir, establecer duopolios y antagonismos entre múltiples pueblos y grupos sociales. Aunque ese no sea el objetivo de esos enfoques, pueden degenerar en ese tipo de contradicciones. No se puede reconocer las formas de discriminación y dominación viendo solo una parte de la realidad.

Analizar la historia en una sola dirección no es apropiado, menos si se intenta reflejar solamente la violencia ejercida por un solo sector. Por ejemplo, el comercio de esclavos era practicado por Europa durante la colonización de América, pero los mismos jefes tribales africanos vendían a esos esclavos. Muchos esclavos luego de conseguir su libertad se volvieron esclavistas. Eso sin mencionar que el racismo no ha sido solo algo propio del blanco hacia el negro, sino también del negro hacia el blanco.

Aunque la hegemonía la haya impuesto el hombre blanco, si se trata de visibilizar formas de exclusión y denunciar el racismo se tiene que tomar en cuenta esa realidad. Por

tanto, aunque es importante tener presentes las formas de dominación que han existido a lo largo del tiempo, y visibilizar a los excluidos de las grandes narraciones oficiales, es necesario no caer nuevamente en una tesis meramente confrontacional, donde todo se reduce a una relación simplista y reduccionista entre explotadores y explotados como fue planteado por los clásicos estudios marxistas, aunque no condicionado ahora solamente al ámbito de las relaciones económicas.

Más que esa historia de víctimas, sin negar la discriminación que ha existido y existe, es necesario una historia plural con múltiples visiones, sin exclusiones de ningún tipo, porque como bien explica Tzvetan Todorov en su texto los abusos de la memoria, el fin de contar la historia en función de victimizar a un grupo es, entre otros aspectos, conseguir privilegios:

“Si se consigue establecer de manera convincente que un grupo fue víctima de la injusticia en el pasado, esto le abre en el presente una línea de crédito inagotable. Como la sociedad reconoce que los grupos, y no sólo los individuos, poseen derechos, hay que sacar provecho; ahora bien, cuanto mayor fuese el daño en el pasado, mayores serán los derechos en el presente. En vez de tener que luchar para obtener un privilegio, éste es recibido de oficio por la sola pertenencia al grupo antes desfavorecido” (Todorov, 1992).

Parece ahora más bien meritorio haber formado parte de grupos históricamente explotados, porque los dota de una “superioridad moral”. No se trata en muchos casos de pedir una igualación de derechos, sino de conseguir cada vez más privilegios. Por eso muchas investigaciones históricas entre más énfasis hacen en la dominación que sufre un determinado grupo, a veces de forma exagerada, sobre todo en la actualidad, más empuje tienen para solicitar privilegios para esas llamadas minorías como formas de compensación.

Caso común de negros, mujeres, minorías étnicas, entre otros grupos. Esos abusos de la memoria presentes en los estudios decoloniales pueden degenerar en formas de maniqueísmo. Con la búsqueda de privilegios se puede invertir las relaciones de dominación a favor de esos sectores victimizados. O esos sectores desfavorecidos, pueden

ser objeto de manipulación política para crear nuevas hegemonías que siempre tienen como slogan la abolición de las desigualdades.

Como argumenta Rand, El «bien común» de lo colectivo, raza, clase, estado, ha sido la pretensión y la justificación de toda tiranía que se haya establecido en la tierra. Los mayores errores de la Historia han sido cometidos en nombre de móviles altruistas (Rand, 1975). Aunque el ideal de igualdad es de los “más nobles”, siempre han resultado de los más peligrosos dependiendo de los términos en que sean planteados.

La real garantía del cumplimiento del principio liberal de igualdad de derechos individuales permite eliminar las formas de dominación y discriminación. No hay minoría más pequeña que el individuo, aunque se intenta desacreditar la democracia liberal y el capitalismo por producir desigualdades. Pero realmente en una sociedad donde se respete el principio de la igualdad de derechos, no es necesario pedir reivindicaciones colectivas enfocadas en favorecer a un solo grupo social.

Las diferencias económicas y sociales vendrían dadas por los méritos y esfuerzos de cada individuo, no por privilegios de ningún tipo. De esa forma se conseguirá una sociedad más justa, porque no todas las desigualdades son negativas ni toda igualdad es positiva. Los estudios decoloniales no se han centrado solamente en proponer nuevas formas de analizar la historia con base en otras epistemologías, donde lo ideológico sigue teniendo gran fuerza, sino, al igual que las clásicas visiones marxistas, se han ocupado de formular alternativas para el cambio de modelo económico capitalista.

Las propuestas económicas de los estudios decoloniales: Utopía y realidad

Como se ha evidenciado, se trata de formular nuevas teorías y perspectivas para investigar en ciencias sociales. Aunque ahora el tema económico no es el único ámbito de la realidad que preocupa a los investigadores que trabajan bajo esas perspectivas decoloniales, este aspecto sigue ocupando un papel central.

A diferencia de los clásicos estudios marxistas, ya no se estudian los modos de producción, ahora se reconoce la existencia de otros sistemas económicos distintos al occidental capitalista. Esto ha implicado el surgimiento de propuestas y planteamientos diversos, pero que todavía no constituyen una teoría macroeconómica sistemática y consistente.

Muchos de los autores más reconocidos que trabajan bajo esos enfoques decoloniales son sociólogos como Immanuel Wallerstein, Edgardo Lander, Aníbal Quijano, Bouenaventura de Sousa, filósofos sociales como Enrique Dussel, Santiago Castro Gómez y antropólogos como Arturo Escobar. Al no ser economistas muchos de los que hacen propuestas económicas, eso implica la carencia de un adecuado sustento teórico.

Sus propuestas aun por parte de los economistas, se basan más que todo en el idealismo de pretender construir una economía “igualitaria y justa”, aunque no se tenga una clara noción teórica de un modelo macroeconómico para conseguirlo. Por eso autores como Edgardo Lander o Wallerstein reconocen que se está en la construcción de modelos económicos alternativos al capitalismo.

La única idea clara es que el capitalismo origina todas las desigualdades, y por ello es necesario abolirlo, incluso ignorando aspectos fundamentales de la teoría económica. Por supuesto se alega que la economía está dominada por enfoques colonialistas. Esto ha llevado a autores como Edgardo Lander (2000) a hacer la siguiente afirmación: “Las alternativas a las propuestas neoliberales y al modelo de vida que representan, no pueden buscarse en otros modelos o teorías en el campo de la economía ya que la economía misma como disciplina científica asume, en lo fundamental, la cosmovisión liberal” (p. 11).

Aunque esas visiones decoloniales atacan la universalidad de los modelos occidentales, e intentan validar los modos de producción tradicionales de otros pueblos, en ese argumento de Edgardo Lander se busca bajo una peligrosa generalización negar todo aporte de la economía al tildarla de neoliberal en su totalidad. Realmente no existe una

escuela neoliberal de economía, es un término muy impreciso y que realmente se emplea más con un carácter estigmatizador y no explicativo, usado sobre todo en el ámbito político.

Toda reforma pro mercado se cataloga como neoliberal en la actualidad. De hecho el capitalismo de libre competencia como lo plantearon los economistas clásicos, ya ha dejado de aplicarse en buena parte del mundo occidental. En el llamado tercer mundo nunca se ha aplicado efectivamente. Desde finales del siglo XIX, y sobre todo luego de la segunda guerra mundial, se impone el paradigma keynesiano de una economía intervenida por los Estados. Eso ha implicado con la construcción del Estado de bienestar garantizar ciertos niveles de ayuda social a los sectores más desvalidos.

Por tanto, eso ha hecho que el Estado asuma políticas redistributivas y no todo se deje a la acción del libre mercado. La teoría económica ha tenido diversidad de enfoques, y el tema de la desigualdad y la pobreza ha sido abordado por buena parte de esos autores que trabajan según Edgardo Lander bajo una cosmovisión liberal. Un ejemplo de ello es el trabajo del economista escocés y estadounidense, Premio Nobel de Economía en 2015, Angus Deaton, en su libro *El gran escape. Salud, riqueza y los orígenes de la desigualdad* (Deaton, 2015).

El tema de la pobreza es objeto de investigación por varios economistas que defienden el libre mercado. Más allá de compartir o no las teorías liberales, en la búsqueda de construir economías alternativas, no se pueden negar los aportes o descubrimientos que, con todas sus imperfecciones, ha logrado construir la ciencia económica. El desarrollo tecnológico auspiciado por libertades económicas ha sido notorio en los últimos doscientos años.

Eso sería otra forma de querer invisibilizar esos saberes académicos. Por eso se afirma que muchas de esas visiones decoloniales actúan bajo una visión más ideológica que científica. No se puede dar un argumento simplista que toda la ciencia económica está al servicio de la dominación hegemónica de occidente y reproduce desigualdad.

De hecho, muchos de esos llamados modelos económicos alternativos, como el muy conocido ejemplo del socialismo, o los de la nueva izquierda latinoamericana, han fracasado por ignorar principios básicos de la economía. Formular nuevos modelos no debe implicar desconocer los aportes que se hayan podido generar en décadas de descubrimiento en investigación económica.

Por tal razón, dentro de esas nuevas visiones decoloniales, en gran parte continúan los clásicos argumentos marxistas, como se observa en el texto de Dussel (2014), denominado 16 tesis de economía política, o en el texto Salir de la crisis, de Samir Amín (2009), donde se mantienen los conceptos básicos del marxismo y se sigue en gran parte una crítica moral al capitalismo.

Se piensa que estos estudios decoloniales constituyen trabajos muy sesgados, que no han logrado realmente hacer propuestas innovadoras para construir modelos económicos justos y funcionales para resolver los problemas de la pobreza y los incentivos a la producción. Se debe aceptar los aportes del capitalismo a la humanidad y su capacidad de adaptarse a los nuevos contextos socio-históricos al flexibilizar muchas de sus premisas elementales.

Al parecer, no se le reconoce ningún aporte al capitalismo por ser en sí mismo la cara de la colonialidad y las injusticias sociales en el llamado por ellos sistema mundo. El mejor modelo económico más allá de toda retórica discursiva, es aquel que mejor cubra las necesidades materiales y humanas de sus pobladores, y el capitalismo con todas sus fallas y problemas, sigue siendo el sistema más exitoso en cuánto a incentivar la producción y el consumo no solo para una elite, sino para las mayorías.

Como explica Carlos Rangel, el Capitalismo, lejos de empobrecer a las masas ha mejorado su situación por encima de ninguna expectativa sensata jamás concebida. Además ha mejorado la situación de los pobres mucho más que la de los ricos (Rangel, 1982, p. 91). Los países abiertos a la inversión y al comercio internacional son los que históricamente

más han prosperado, como Gran Bretaña y Estados Unidos en su momento, o China actualmente.

Caso contrario de las naciones cerradas y hostiles a la inversión y al capital privado, como Cuba, Venezuela o Corea del Norte. Aunque se hayan construido interesantes categorías desde las visiones decoloniales, estas se han hecho principalmente desde enfoques sociológicos y antropológicos más centrados en temas culturales y sociales en la búsqueda de esos modelos alternativos. Pero en el ámbito económico no hay propuestas realmente innovadoras y progresistas.

Las alternativas económicas al capitalismo han sido infructuosas y las propuestas que se han hecho carecen de solidez. Ejemplo de ello es uno de los planteamientos realizados por Wallerstein para construir una economía postcapitalista:

“Lo que pienso que debemos tener en primer plano de nuestras reflexiones es que el punto básico no es la propiedad o siquiera el control de los recursos económicos. El punto básico es la desmercantilización de los procesos económicos mundiales. Desmercantilizar, hay que subrayarlo, no quiere decir desmonetizar, sino eliminar la categoría de la ganancia. El capitalismo ha sido un programa para la mercantilización de todas las cosas. Los capitalistas todavía no lo logran del todo, pero han avanzado mucho en esa dirección, con todas las consecuencias negativas que conocemos. El socialismo debe ser un programa para lograr que nada sea mercancía. Dentro de quinientos años, si empezamos ahora mismo, acaso no lo hayamos logrado por completo, pero habremos avanzado un gran terreno en esa dirección” (Wallerstein, 2007, p. 225).

Se nota cómo, a pesar de buscar modelos económicos alternativos, se continúa cayendo en la trampa de las ideas socialistas. Acá Wallerstein intenta marcar una diferenciación clara con las visiones ortodoxas del socialismo soviético, por ejemplo, al plantear que no es el control de los medios de producción el punto clave.

No se trata de que el Estado nacionalice o se apropie de todos los medios de producción, ni siquiera crear una propiedad colectiva según las ideas del autor, sino desmercantilizar la economía, es decir, dejar de lado la noción de la ganancia que implica

volver toda práctica en un negocio. Se trata de dejar de convertir los bienes en mercancías para satisfacer las demandas de un mercado, sino en su lugar suplir las necesidades de la población.

En ese aspecto, se sigue las ideas básicas del marxismo y los mismos postulados morales de siempre, como si el mercado en sí mismo no reflejara las preferencias y necesidades (siempre subjetivas) de sus pobladores, expresadas a través de la demanda. Más bien el socialismo busca solo satisfacer necesidades primarias como alimentos (y ni eso consiguen), porque carece de altos niveles de productividad y el capitalismo diversifica y amplía los requerimientos de los individuos para incentivar el consumo.

Por eso, a esa tesis de Wallerstein se le pueden objetar varias ideas, en primer lugar, como bien lo establece la teoría económica y la historia lo ha demostrado, es el deseo de ganancia lo que ha dado mayor impulso a los procesos productivos. El ansia de producir más e innovar con nuevas tecnologías responde al interés de obtener un beneficio, y esto no es un acto que deba ser reprochado o mucho menos penalizado, como lo ha pretendido hacer el socialismo en ciertos países.

De hecho, los capitales siempre se han dirigido a aquellos Estados que les garantizan mayores libertades y posibilidades de progreso. La noción de ganancia es tan importante en el capitalismo, ciertamente, que por eso se piden bajos impuestos, de lo contrario, puede afectar precisamente el incentivo para invertir: “Otro inconveniente de la imposición fuertemente progresiva es el peligro de que puede reaccionar de una manera adversa sobre el aliciente para la inversión privada” (Dudley, 1980, p. 115).

Donde se le colocan más obstáculos y existen menos condiciones para obtener ganancias termina alejando los capitales, por eso las políticas de controles de precios siempre han provocado escasez y falta de producción. Pero no solo eso, sino hasta la innovación y el desarrollo de conocimientos científicos y tecnológicos se ven estancados. Es decir, el hombre siempre va a buscar una manera de verse recompensado por su esfuerzo y es eso lo que lo impulsa a actuar, esa idea es incluso avalada por la psicología.

No es retomar tampoco la tesis del homo económico, pueden existir otros incentivos a parte de la ganancia, pero esta nunca puede ser eliminada de la ecuación, menos en economía, si no se quiere una involución de los procesos productivos. Como bien expresa Giovanni Sartori:

“La economía debe marchar con ganancia, para ser tal. Una economía que marcha sin ganancia, que pierde, es una economía no-económica y, al final, no es economía. Si la economía no funciona, la política no tiene nada que distribuir y termina por distribuir pobreza” (Sartori, 1993, p. 313).

Muchos de los planteamientos del socialismo son retomados o reformulados por esos enfoques decoloniales y terminan siendo antieconómicos y poco funcionales, sobre todo al querer eliminar el principio de ganancia de la economía. La ganancia no ha sido exclusiva del capitalismo, y no puede desaparecer de ningún modelo que aspire a ser eficiente. Por lo menos Wallerstein no llega al extremo de proponer el trueque como medio de intercambio, lo que sería una involución aún peor e inaplicable en el mundo globalizado. Si bien el trueque existe en pequeñas comunidades aún en la actualidad, no puede funcionar en un mercado global.

Wallerstein plantea que ese proceso de desmercantilización puede durar hasta 500 años, por lo que el modelo socialista alternativo es un proyecto todavía en construcción y sin aplicabilidad en la realidad actual. Se trataría, en todo caso, de fomentar una nueva racionalidad económica y cambiar la configuración del sistema mundial.

Lo que se busca desde los planteamientos decoloniales, es marcar diferencias con el capitalismo global. En todo caso, se trata de fomentar nuevas formas de racionalidad económica distintas a las occidentales. Desde la antropología económica, en autores como Maurice Godelier establecen que existen diversos tipos de racionalidades económicas diferentes a la occidental, por eso concluye: “Ya podemos entrever que no hay racionalidad económica “en sí”, ni forma “definitiva” de racionalidad económica” (Godelier, 1974, p. 44).

Al existir múltiples racionalidades, la economía se ve influenciada por las particularidades de las cosmovisiones de los pueblos que son diversas. Lo que se busca por parte de esos estudios decoloniales es afirmar la existencia de otras epistemologías y modos de vida diferentes al capitalismo, con una economía basada en la reciprocidad como plantea Buenaventura de Sousa: “¿Debemos asumir como un hecho inevitable que los problemas causados por el capitalismo sólo podrán ser resueltos por más capitalismo, que la economía de la reciprocidad no es una alternativa creíble a la economía del egoísmo [...]” (De Sousa, 2010, p. 55).

Siempre se afirma equivocadamente por parte de esas corrientes que el capitalismo promueve el egoísmo, y la llamada economía de la reciprocidad el humanismo. En el caso de Adam Smith, padre del liberalismo, nunca planteó la indiferencia de los hombres ante las necesidades ajenas, sobre todo en su teoría sobre los sentimientos morales. Se trataba era de crear un sistema capaz de funcionar eficazmente en el plano económico.

De ahí la frase de que al perseguir el interés individual se favorece el de la sociedad, de forma más eficaz que si fuera ese su primer objetivo. El Estado, al intervenir queriendo “favorecer a las mayorías”, muchas veces terminaba perjudicando a la economía y la sociedad en general. Por eso Smith afirma: “No son muchas las cosas buenas que vemos ejecutadas por aquellos que presumen de servir al interés público” (Smith, 1979, p. 402).

El llamado altruismo y economía de la reciprocidad no siempre cumplen el objetivo planteado. Pero se esboza más como un valor y un ideal como expone Alberto Acosta:

“El valor básico de la economía es la solidaridad. Se busca una economía distinta, una economía social y solidaria, diferente de aquella caracterizada por la libre competencia, que anima el canibalismo económico entre seres humanos y que es la que ha alimentado la especulación financiera” (Acosta, 2009, p. 20).

En esa afirmación se evidencia que el problema no es planteado en un plano teórico y científico, se limita es a esbozar la superioridad moral de esa economía solidaria y no

realmente su eficacia. El capitalismo también promueve valores como el trabajo, el deseo de superación y la realización personal. Además, Adam Smith planteaba que el intercambio entre personas favorecía los lazos de amistad, porque la sociedad no puede subsistir entre quienes están constantemente prestos a herir a los otros” (Smith, 1978, p. 2).

Una economía no puede prosperar con una mayoría empobrecida, la competencia favorece a la sociedad en general. Pero esos enfoques decoloniales no entienden realmente cómo funciona el mercado, y persisten con otros modelos poco viables. Por eso se proponen dentro de esa economía solidaria recuperar formas comunitarias de producción: “Permite ver las formas de producción y trabajo que se organizan para la subsistencia y la reproducción, algunas de largo trayecto como la comunidad o taller artesanal, otras más recientes como las cooperativas, otras solo recién vistas como entidad económica, tal es el caso de los hogares” (León, 2009, p. 67).

Nuevamente la pregunta que surge es si esas formas de economía comunitaria son igual de eficientes y productivas que las empresas privadas. Coexisten con ellas, en la actualidad, pero dentro de pequeños entornos locales. Su subsistencia dependerá de los mismos deseos de la sociedad por mantenerlas y comprar sus productos. Se supone que la competencia favorece solo las empresas más eficientes., por eso la existencia de pequeños talleres artesanales son cada vez menores.

El otro aspecto “novedoso” es querer recuperar formas de producción para la subsistencia, como el conuco por ejemplo, como si eso ayudara realmente a generar prosperidad para las mayorías. De hecho como explica Carlos Rangel se han construido muchos mitos en torno a esas llamadas economías no capitalistas de carácter tribal o comunitarias, fundamentadas en la reciprocidad y solidaridad:

“Una proposición todavía más extravagante viene explícita en ciertas antropología e historiografía a la moda, las cuales se dedican a poner por las nubes culturas primitivas (la antropología) o simplemente tradicionales (la historiografía) no con ánimo científico, sino por prejuicio anti-capitalista y en el empeño de encontrar (o colocar) en esas culturas primitivas o tradicionales valores superiores porque incontaminados por

la civilización (caso de las culturas primitivas) o por el utilitarismo y el individualismo capitalistas (caso de las culturas tradicionales, pre-capitalistas)” (Rangel, 1982, p. 93).

Con base en esos criterios de esas economías comunitarias y tribales se sugiere implícitamente una superioridad moral por parte de esas sociedades no occidentales, cuyas racionalidades no buscan la ganancia en exceso, argumentando que “son más felices”, o están adaptadas a sus necesidades, o son más solidarias, pero ignoran las contradicciones y carencias de esos pueblos, o la discriminación que existen entre ellos.

El mito del buen salvaje y las sociedades comunitarias, que al parecer pretende ser una propuesta de una economía alternativa al capitalismo. En eso se diferencia de la postura clásica de Marx, basada en el eurocentrismo y el evolucionismo. Uno de los aspectos más discutibles, es que en el empeño por construir sociedades no capitalistas, se pretende sugerir que todo modelo diferente al capitalismo es mejor y más igualitario.

Los resultados del socialismo del siglo XX evidencian que los modelos anti mercado y colectivistas no son nada exitosos, solo crean mayor empobrecimiento para las mayorías, y se da una igualación hacia abajo. De hecho muchos de esos pueblos tribales han adquirido valores mercantiles en la actualidad por su contacto con la sociedad industrial.

Otro de los planteamientos desde las perspectivas decoloniales que mantiene los principios del colectivismo y la solidaridad es la llamada “economía feminista”. Como es común, se pretende visibilizar a los sujetos subalternos. La mujer busca su emancipación económica, la igualdad de oportunidades y la corresponsabilidad del hombre en la tareas del hogar, espacio invisibilizado o poco valorado por no ser remunerado (Pérez, 2014).

Por supuesto, muchas de esas categorías tienen la función de empoderar y visibilizar a los excluidos, pero no existe una economía feminista en sí misma, o una machista, o una

economía para negros o para blancos, en todo caso, solo se plantea una división del trabajo con base en rasgos fenotípicos y sexuales.

Se plantea que el enfoque de economía feminista implica: “una forma distintiva de organizar de facto el sistema económico; así la entienden, por ejemplo, en Mesoamérica, donde se vincula a procesos de educación popular y se usa la idea de economía feminista para visibilizar la cotidianeidad de muchas mujeres populares y campesinas que se resisten al modelo de desarrollo hegemónico” (Pérez, 2014, p. 40).

Amia Pérez explica que la economía feminista se asocia a la economía ecológica, y también a otro tipo de forma de economía solidaria basada en la reciprocidad, cooperación y justicia (Pérez, 2014). Se busca abolir el patriarcado como parte del sistema capitalista. Son los mismos planteamientos de siempre, buscar la justicia, la igualdad y la reciprocidad.

Sin negar cómo la mujer ha sido relevada históricamente de ciertas actividades, realmente en el mundo occidental han logrado en gran parte la igualdad de derechos, que no es lo mismo que igualdad de condiciones ni de resultados, como siempre aspiran y pretenden los socialistas. La mujer puede superarse y obtener similares condiciones económicas a la de los hombres, como varias lo han hecho, pero depende del esfuerzo individual de cada quien.

Que todavía en promedio el hombre gane más que la mujer o posea mejores puestos de trabajo, no debe interpretarse como la permanencia de un sistema opresivo. De hecho muchas mujeres optan por estudiar carreras menos rentables y por eso obtienen en promedio menores salarios.

Hay varios factores contextuales que no son tomados en cuenta, y evidencian que no hay una discriminación tan marcada en la actualidad. Como se ha explicado, la igualdad de resultados nunca podrá ser lograda porque no todos realizan los mismos esfuerzos ni tienen las mismas aptitudes, el día de mañana las tendencias podrían favorecer incluso a las mujeres por encima de los hombres.

Las primeras tendencias feministas planteadas desde lógicas liberales lucharon por la igualdad de derechos, ahora parece existir una tendencia desde esas perspectivas marxistas y decoloniales que luchan por obtener privilegios. Se explotan siempre los resentimientos y las desigualdades. Se cae en un victimismo social excesivo. De hecho el feminismo ha monopolizado el concepto de “violencia de género”, y se realizan estudios en los que normalmente se destaca la opresión de la mujer pero se invisibiliza casi siempre la discriminación sufrida también por algunos hombres en ambientes laborales y públicos.

Aunque el fin de la economía feminista sea empoderar y visibilizar, realmente se cree que esas categorizaciones muchas veces ayudan a marcar más divisiones, la economía no debe tener ese tipo de adjetivos porque no debería estar pensada para beneficio de un sector o grupo social en particular. Igualdad ante la ley es lo que debe existir.

Se piensa que la real y correcta aplicación de ese principio es lo que puede garantizar la armonía social y la real igualdad, indistintamente de las diferencias de género, raza o riqueza. Es así como a la hora de asignar puestos de trabajo o fijar salarios, el único criterio debe ser siempre los méritos y la productividad de los individuos, de esa forma realmente privará un principio de igualdad de oportunidades capaz de impulsar el progreso de la sociedad y la erradicación de toda forma de prejuicio o discriminación.

Como bien explica Murray N. Rothbard: “El capitalismo de libre mercado es un maravilloso antídoto contra el racismo. En un mercado libre, los patrones que rechazan emplear a trabajadores negros productivos están perjudicando sus propios beneficios y la posición competitiva de su empresa” (Rothbard, 2006, p. 359). Aplica igual para el racismo como para toda discriminación basada en la diferencia de género.

Las sociedades económicamente más abiertas a las dinámicas de mercado, donde priva el criterio de la meritocracia, son las que exhiben menos rasgos de discriminación. De por sí las propuestas de la economía feminista no se sustentan realmente en una teoría económica y son poco sistematizadas, simplemente se basan nuevamente en ideales y en un

deseo de reivindicación que puede degenerar en otras formas de discriminación, esta vez hacia los hombres.

Solo se hacen propuestas y se trabaja en la construcción de esos nuevos modelos, como tanto afirman sus autores. Los aspectos en común de la economía feminista con otras propuestas es igualmente la ausencia de una teoría macroeconómica general que vaya más allá de sus propuestas de grupo. El mismo Samir Amín plantea que es característico que estas exigencias no se articulen en un proyecto global. Así por ejemplo los ecologistas y las feministas se niegan formalmente a ir más allá de la reivindicación específica que los define (Amín, 1989, p. 222).

A pesar de su diversidad de planteamientos, todas las propuestas de los estudios decoloniales son antimercado. Eliminar el mercado sería nuevamente retomar tesis antieconómicas. Sería reafirmar las teorías económicas clásicas del marxismo. Pero como han demostrado los economistas neoclásicos con base en la teoría de la utilidad marginal, con autores como William Jevons, precursor de la Escuela de Cambridge (Jevons, 1998), y Carl Menger, precursor también de la escuela austriaca (Menger, 1997), estos autores evidenciaron que el valor de un producto era subjetivo y dependía del libre juego entre oferta y demanda.

Como expresa Huerta de Soto, el valor es estimado por los actores individuales, que compran y venden bienes de capital en un mercado libre (De Soto, 17). Uno de los argumentos de Mises es que era imposible el cálculo económico en el socialismo porque la planificación económica por parte del Estado impedía el funcionamiento de los mercados. Pero las tesis marxistas buscan sobre todo la “justicia” en sus medidas económicas, aunque estas no tengan efectividad.

Intentando buscar alternativas a los planteamientos marxistas tradicionales, autores como Aníbal Quijano proponen una socialización del poder, que en lugar de ser el Estado el que se adueñe de los medios de producción sean los mismos trabajadores organizados. Eso

aplica no solo a lo económico, se busca que el poder sea distribuido entre los mismos miembros de la sociedad a nivel político, económico y social (Quijano, 1992).

Muchos de esos planteamientos son discutibles, suenan muy bien en la teoría pero no funcionan bien en la práctica. Ahora bien, ¿qué tan eficaz sería una empresa dirigida por trabajadores?, ser un buen trabajador no te hace un buen gerente o administrador. Hasta ahora las empresas que mayor rentabilidad han tenido han sido las privadas. Pero nuevamente priva el principio de justicia, de buscar un modelo que permita una distribución justa y equitativa de los ingresos. Como siempre, se basa más en la distribución que en la producción de riqueza.

Se piensa en sí mismo que el modo de producir del capitalismo es explotador, por eso todo empieza por el hecho de buscar nuevas formas de producción más “humanitarias”. Es como expresa Popper, buena parte de la crítica que se ha hecho al capitalismo, más allá de sus fundamentos económicos, en realidad es una crítica moral a sus principios básicos:

“Después de todo, la condenación marxista del capitalismo es, en esencia, una condenación moral. *Se condena al sistema* por su cruel injusticia intrínseca combinada con la completa justicia y corrección «formales» que lleva aparejadas. Se condena al sistema porque al forzar al explotador a esclavizar a los explotados, les priva a ambos de libertad. Marx no combatió la riqueza ni alabó la humildad. Odió al capitalismo no por su acumulación de riqueza sino por su carácter oligárquico; lo odió porque en este sistema la riqueza significa poder político de unos hombres sobre otros” (Popper, 2010, p. 412).

Ante esos principios, se asume que la pobreza de las grandes mayorías es debido a la explotación de la burguesía. El marxismo hizo grandes cuestionamientos a la desigualdad, pero sin hacer estudios minuciosos acerca de sus causas, solo se ha limitado a responsabilizar al capitalismo. A pesar de sus limitados análisis, ha sido muy exitoso en responsabilizar al liberalismo de buena parte de los males de la humanidad, debido a su “ausencia de moralidad” por el deseo de obtener ganancias.

Es así como autores como Enrique Dussel, al hacer un balance del sistema mundo colonial en la actualidad, destaca las desigualdades existentes:

“A los 500 años del comienzo de la Europa moderna, leemos en Informe sobre el desarrollo humano 199225 de las Naciones Unidas que el 20 % más rico de la humanidad (principalmente Europa occidental, Estados Unidos y Japón) consume el 82 % de los bienes de la tierra, y el 60 % más pobre (la “periferia” histórica del “Sistema-mundial”) consume el 5,8% de dichos bienes. ¡Una concentración jamás observada en la historia de la humanidad! ¡Una injusticia estructural nunca sospechada en la escala mundial! ¿No es este acaso el fruto de la Modernidad o del Sistema mundial que inició la Europa occidental?” (Dussel, 2000, p. 52).

La desigualdad es duramente condenada en esos estudios decoloniales, que intentan plantear otras formas de emancipación. En la tesis de Dussel se mantiene los principios elementales de la teoría clásica de la dependencia con sus conclusiones sesgadas de responsabilizar a los imperios y al capitalismo de la pobreza de los pueblos en el mundo.

Bien desmonta Carlos Rangel buena parte de esas tesis que responsabilizan al imperialismo o al sistema mundo, que se basa en la explotación de los países centrales hacia las periferias como el único causante de la pobreza de esas naciones a nivel mundial:

“Es preciso insistir, en este punto, en que el imperialismo y la explotación de los países débiles por los países fuertes no es ningún mito. A través de toda la historia, los países poderosos han sometido a los países débiles a toda clase de humillaciones, atropellos y exacciones. Lo que es transparentemente falso es que su poder, los países imperiales, desde la antigüedad a nuestros días, lo hayan derivado de esas exacciones, las cuales obviamente han podido tener lugar sólo porque diferencias decisivas de poder existían antes de todo contacto, antes de toda transferencia injusta del haber de los débiles al haber de los fuertes. Encima de esto, no basta que una potencia tenga la capacidad de acción externa que le permita devenir imperialista para que las transferencias de riqueza que obtenga, abusivamente redunden en su beneficio. El ejemplo de España, arruinada por su fantástico éxito imperialista en América, basta para demostrar que la mayor transferencia de riqueza puede ser positivamente catastrófica, si la sociedad que la recibe no tiene por otra parte una capacidad de acción interna mucho más importante y decisiva para su propia prosperidad y equilibrio que el talento militar y político que permite reducir otros pueblos a la sumisión” (Rangel, 2006, p. 224).

Como plantea Carlos Rangel en su texto *Del buen salvaje al buen revolucionario*, la aceptación del marxismo y las teorías de la dependencia, que buscan responsabilizar al imperialismo de todos los males de América, fue una forma de excusarse de los fracasos de las naciones y justificar sus fallas en la consolidación de modelos económicos estables y prósperos (Rangel, 2006). Ante esas ideas prosperó en el llamado tercer mundo las tesis socialistas: “Así se explica que el Tercermundismo se haya convertido literalmente en la pasión de todos cuantos abrigan ideas y sentimientos anticapitalistas, no sólo en los países clasificados como del Tercer Mundo, sino igualmente o más en los países desarrollados” (Rangel, 1982, p. 39).

Hoy prosperan las tesis decoloniales porque permiten a las sociedades nuevamente excusarse de la falta de prosperidad de sus modelos económicos, donde realmente no existe libre mercado como en Latinoamérica. Desde el plano económico explica Murray N. Rothbard la falta de desarrollo económico del llamado tercer mundo:

“El tercer mundo sufre de una falta de desarrollo económico que se debe a la ausencia de derechos de propiedad privada, a los controles a la producción impuestos por los Estados y a la ayuda exterior que reciben de otros Estados y que expulsa la inversión privada. El resultado es que el ahorro productivo, la inversión, la capacidad empresarial y las oportunidades de desarrollo de un mercado son demasiado escasos” (Rothbard, 2006, p. 143).

De esa manera no es verdad que la explotación de los imperios ha causado la pobreza en el mundo. La economía prosperó en aquellas naciones centrales no por la “extracción imperialista”, sino por su capacidad para producir y generar riqueza. De hecho España que en su momento fue la nación con mayor cantidad de colonias en el mundo, no logró industrializarse. El saqueo del oro y la plata americana no generó productividad ni desarrollo.

Como bien explicó Smith, el capitalismo y la prosperidad de las naciones se basan en el ahorro, el trabajo y la inversión, el dinero en sí mismo no es riqueza (Smith, 2002).

Más bien ha sido la falta de estabilidad política, de instituciones transparentes que generen confianza, y libertades económicas fundamentales lo que ha impedido el progreso de los pueblos del llamado tercer mundo.

Eso no implica negar los saqueos que ciertamente han existido a lo largo de la historia, pero no es posible afirmar que esa ha sido la causa del progreso de esas naciones o del atraso de las nuestras. Los países que han sido periferias pueden desarrollarse si aplican reformas adecuadas.

China en la actualidad es un gran ejemplo de ello, las llamadas zonas económicas especiales han tendido a liberar la economía de los controles del Estado, y han permitido la inversión privada sin cortapisas ni trabas. Una cultura totalmente diferente a la occidental, es capaz de acoplar los principios del libre mercado con éxito para lograr desarrollo y prosperidad. El capitalismo no implica entonces abandonar las identidades tradicionales, pese a promover nuevos hábitos de consumo libremente asumidos por los individuos. Sin embargo, los estudios decoloniales solo se enfocan en lo negativo del sistema capitalista.

Los elementos en común a las diferentes propuestas que se han esbozado hasta ahora, es la crítica constante a la eficacia de los mercados y al capitalismo como modelo de desarrollo. Se dedica al igual que el marxismo tradicional, más espacio a criticar el capitalismo que a proponer realmente modelos económicos consistentes.

Se pretende crear una economía más humanitaria, fundamentada en principios como la reciprocidad y la solidaridad, supuestamente basados en ciertas formas de producción comunales tomado de algunas sociedades tribales. Se pretende dejar de lado el énfasis puesto en el deseo de obtener ganancia, que según la visiones decoloniales es lo que conlleva a la explotación. Esos planteamientos parecen más utopías idealizadas que hechos reales.

Una economía que aspire a la eficiencia en las formas de producción no puede dejar de lado la búsqueda de la ganancia, ni menos la propiedad privada. Pero en los estudios

decoloniales se pondera el elemento colectivo sobre el individual, y por eso se habla de una economía feminista. Estas son algunas de las propuestas realizadas por algunos autores representativos de esas corrientes decoloniales, ninguna es una teoría macroeconómica sistemáticamente planteada, sino como muchos de sus autores alegan, son solo algunas propuestas en la búsqueda de esos modelos alternativos al capitalismo.

¿Es posible un mundo postcapitalista?

Si la historia ha probado algo es que todas las sociedades son cambiantes, la tesis de Fukuyama sobre el fin de la historia fue un exabrupto. Nadie puede predecir lo que depara el futuro y las posibles transformaciones en el contexto mundial. Puede existir un mundo postcapitalista, aunque esto no necesariamente implique un avance, como argumentan quienes pretenden abolir el capitalismo.

El progreso no ha sido lineal a lo largo de la historia, como equivocadamente plantearon los marxistas y los mismos positivistas. Eliminar todas las formas de dominación existente, si bien es una aspiración válida, es difícil de conseguir. A pesar de eso, dentro del mundo occidental las diferencias han llegado a minimizarse, con elevados niveles de vida para la población en general. Autores como Dussel proponen su tesis de la transmodernidad para lograr no solo la emancipación económica sino de todas las estructuras sociales:

“El proyecto trans-moderno es una co-realización de lo imposible para la sola Modernidad; es decir, es co-realización de solidaridad, que hemos llamado analéctica, del Centro/Periferia, Mujer/Varón, diversas razas, diversas etnias, diversas clases, Humanidad/Tierra, Cultura occidental/Culturas del Mundo Periférico ex-colonial, etcétera; no por pura negación, sino por incorporación desde la Alteridad” (Dussel, 2000, p. 52).

Se busca superar las contradicciones, los antagonismos, las desigualdades y las explotaciones, esta vez no enfocándose solo en las diferencias de clase. La visión puede parecer muy idílica, pero como siempre parecen quedarse en el plano de la mera ideología. A pesar de lo planteado sobre el mundo moderno colonial, realmente en la actualidad las mismas instituciones liberales con el paso del tiempo, al extender los derechos individuales, son las que más han contribuido a dirimir progresivamente las diferencias de género y de raza debido a las mismas necesidades que el mercado iba exigiendo. Era necesario incorporar a los más capaces dentro de los procesos económicos para elevar las ganancias, y eso favoreció la incorporación de actores sociales diversos.

No hay modelo perfecto y eso es una realidad, pero esos estudios decoloniales quieren retomar utopías igualitarias. De hecho, muchas de esas llamadas “ideologías liberadoras” solo han ayudado a fomentar gobiernos autoritarios formados en nombre de lograr la “igualdad”. Algunos intelectuales por lo menos han reconocido las dificultades de llevar a la práctica muchos de sus planteamientos, que se ven muy bien en la teoría, pero resultan otra cosa en la práctica, como bien lo reconoció Buenaventura de Sousa en una entrevista: “Entonces, muchos intelectuales tenemos que hacer una autocrítica también y ser menos arrogantes. Quizás ahora tienes la clave para las epistemologías del sur: ir más despacio, con menos confianza en que las ideas nuevas crean realidades nuevas. No, las realidades nuevas decantan de algunas ideas nuevas, pero no eres tú el que crea las realidades nuevas, es la gente que está en la calle, en la lucha, son ellos quienes están realmente innovando, no eres tú con la teoría” (De Sousa, 2016).

Se evidencia que pese al apoyo inicial a gobiernos latinoamericanos como el de Bolivia y Ecuador, llamados “progresistas”, que si bien no aplican del todo las teorías decoloniales pero coinciden en construir modelos anti mercado, Buenaventura de Sousa reconoce que se cometieron muchos errores y es necesario empezar de nuevo, aunque mantiene la premisa de buscar otro modelo alternativo al “capitalismo colonialista”. Pero la mayoría de intelectuales de izquierda guardan silencio ante el fracaso de esos modelos.

En Venezuela, por ejemplo, se intentó llevar a cabo un proyecto “liberador” anticapitalista, basado en los ideales del socialismo del siglo XXI, su resultado ha sido solo más pobreza y la ruina económica del país, con altos niveles de represión para la población que protesta y pide un cambio. Ante esa situación, La CLASCO asumió una posición tímida ante lo que ocurre en esa nación. Intelectuales como Enrique Dussel y Santiago Castro Gómez han mantenido su apoyo al gobierno venezolano. Esas posiciones demuestran que sus compromisos ideológicos están por encima de su ética científica, de negarse a reconocer las disfuncionalidades de los modelos propuestos como alternativas al capitalismo.

Si realmente estuvieran comprometidos a erradicar toda forma de opresión y dominación, no vacilarían en condenar ese tipo de gobiernos como el venezolano, que tenía como propósito conquistar la igualdad social y abolir el capitalismo. Pero muchos de esos intelectuales solo ven explotación y desigualdad dentro del capitalismo, pero se niegan a ver las formas de dominación dentro de las propuestas socialistas y decoloniales.

No reconocer los errores del socialismo y no enmendarlos, es lo que llevó a Hayek a hablar de la fatal arrogancia de ciertos intelectuales socialistas” (Hayek, 2010). Muchos de esos intelectuales de izquierda se escudan afirmando que no aplicaron bien las ideas socialistas o nuevas propuestas. Todo por no aceptar la imposibilidad de esos modelos y de que una economía no puede avanzar sin inversión privada y un mercado por lo menos medianamente libre.

Una cosa son los buenos deseos y otra las realidades, es una lección que la historia ha demostrado reiteradamente, así lo plantea Aníbal Romero al explicar en lo que degeneraron muchas revoluciones:

“Las revoluciones de nuestro tiempo son un ejemplo típico: su origen ha sido una voluntad de superación y liberación humanas; sus productos, sin embargo, han sido el totalitarismo y la opresión llevados a un más elevado nivel de refinamiento y crueldad. Esa es la "ironía de la historia", el choque entre las intenciones y los resultados, entre

los planes y deseos, por un lado, y por el otro las consecuencias reales de los actos” (Romero, 1992, p. 15).

Se puede decir que los estudios decoloniales han contado con las buenas intenciones de algunos de sus autores y exponentes principales, tal vez realmente se busque la emancipación y la justicia dentro de las sociedades, pero la mayoría de sus planteamientos, sobre todo en el plano económico, carecen de consistencia y efectividad.

Las economías de los países latinoamericanos donde ascendió la izquierda en el siglo XXI retrocedieron en muchos sentidos. El intervencionismo del Estado, el ataque a la propiedad privada y a las empresas transnacionales, y las políticas de asistencialismo social no han resuelto los problemas estructurales de esas naciones, más bien los han agudizado. La llamada economía comunitaria no puede resolver las crisis macroeconómicas de una nación.

Sigue siendo evidente el problema de cómo mantener una elevada productividad, y no centrarse solo en la distribución de la riqueza. La propiedad privada es la más eficiente en términos de producción. Por tanto, no parece viable construir una economía postcapitalista, al menos no una capaz de resolver los problemas de la humanidad como se ha planteado por parte de esos enfoques decoloniales.

Conclusión

Las teorías decoloniales son un replanteamiento de los postulados marxistas, aunque han incorporado novedosos elementos para el análisis, subyace como premisa elemental analizar las formas de explotación dividiendo la sociedad entre oprimidos y opresores. Ya no se trata de estudiar o denunciar solamente los antagonismos de clase, sino las formas de dominación fundamentadas en la raza, el género, o los saberes de los pueblos.

Muchas veces visto desde esa perspectiva se cae en un peligroso maniqueísmo que divide la historia entre buenos y malos. La violencia ejercida en una sola dirección, del hombre hacia la mujer, el rico contra el pobre, el “blanco” contra el “negro”, el criollo contra el indígena. Una historia de víctimas y victimarios que no permite una real explicación y comprensión de los procesos. Eso tampoco ha ayudado a comprender la falta de progreso económico de las naciones.

Sigue siendo en el plano económico donde menos luces se han dado para construir alternativas funcionales para el bienestar de las naciones. La mayoría de los experimentos y propuestas realizadas desde las visiones decoloniales obvian los principios básicos de la ciencia económica, esto debido muchas veces a prejuicios o desconocimiento de las mismas. El capitalismo es analizado únicamente como un modelo que genera grandes desigualdades y pobreza a nivel mundial, con una visión colonial de la realidad.

De esa manera, las propuestas decoloniales proponen reiteradamente construir modelos alternativos al capitalismo como la única forma de alcanzar la emancipación de los pueblos y la abolición de las desigualdades. Pero solo se puede hablar de propuestas como sugieren varios autores que trabajan bajo esos enfoques, no así de una teoría macroeconómica consolidada. La mayoría de esos intelectuales como Buenaventura de Sousa, Aníbal Quijano, Wallestein, Dussel o Santiago Castro Gómez son sociólogos, antropólogos y filósofos sociales, no economistas, que aunque trabajan bajo esquemas interdisciplinarios, muchas veces descuidan la fundamentación teórica en el plano económico por considerarla una ciencia que trabaja bajo un esquema hegemónico neoliberal como afirma Edgardo Lander.

Esa es una de las razones por la que sus propuestas no logran tener solidez y consistencia por no ahondar en los principios fundamentales de la teoría económica. Los elementos comunes que han podido identificarse en este trabajo de las propuestas económicas decoloniales son los siguientes: se busca un modelo que busca la igualdad y la justicia, con una economía basada en la solidaridad, reciprocidad y que abandone el deseo de ganancia. Se reformulan los principios de la dependencia con la teoría del sistema

mundo moderno-colonial, que mantiene la premisa del saqueo de las riquezas de los pueblos sometidos por parte de las grandes potencias capitalistas mundiales.

Las propuestas decoloniales son en sí mismas todas antimercado, visto particularmente en sus planteamientos de economía feminista y comunitaria. Hay más de idealismo que de pragmatismo en esas propuestas. Sus tesis son más ideológicas que científicas. Por eso en principio logran incorporar muchos adeptos, pero hay ejemplos en los cuales han sido desastrosos los resultados de pretender llevar a cabo esos principios de igualdad social y de una economía comunitaria que en sí mismo no resuelve los problemas macroeconómicos de las naciones.

Siempre se pone el énfasis en la distribución de la riqueza, pero no así en la producción. La formas de producción comunitaria propuestas por los enfoques decoloniales y marxistas tradicionales siempre ha probado ser poco productivos. Una cosa pueden ser lo que plantea la teoría y otra las realidades generadas de los modelos propuestos.

Los experimentos que han buscado abolir el capitalismo, acorralando a la propiedad privada y el libre mercado, han producido solo ruina a las naciones. Muchas de las reivindicaciones colectivas hacia los grupos subalternos terminan degenerando es en la búsqueda de privilegios, más que en una igualdad de derecho real. El amor a una determinada igualdad con preferencia a otra (dado que ambas no pueden prevalecer) es como cualquier otro gusto y no puede servir como argumento moral universal (Jasay, 1993, p. 19).

Se debe escoger un tipo de igualdad, y es la igualdad de oportunidades dadas por un mercado libre lo que realmente ha producido mayores niveles de prosperidad para las mayorías, aún con resultados diferentes para cada individuo o grupo social. Muchos de los planteamientos de los estudios decoloniales terminan siendo antieconómicos, por entre otros aspectos querer eliminar la noción de ganancia, su visión moral y justa de la realidad termina siendo más idílica que una propuesta real. Los estudios decoloniales siguen, por

tanto, planteando ideas muy sesgadas para analizar la realidad y las desigualdades socioeconómicas sin lograr consolidar una teoría económica funcional.

Bibliografía

Acosta, A. (2009). Siempre más democracia, nunca menos. En A. Acosta y E. Martínez. (Compiladores). *El buen vivir. Una vía para el desarrollo* (pp. 19-30). Ecuador: Ediciones Abya-Yal.

Amin, S. (2009). *La crisis. Salir de la crisis del capitalismo o salir del capitalismo en crisis*. España: El viejo Topo.

Amin, S. (1989). *El eurocentrismo. Crítica de una ideología*. México: Siglo Veintiuno editores.

Bidasec, K. (2017). Cuerpos, acervos de la memoria humana. Aportes del pensamiento feminista descolonial a las Ciencias Sociales. En S. Alvarado, J. Pineda, K. Correa. (Editores). *Polifonías del sur. Desplazamientos y desafíos de las ciencias sociales*. (pp. 113-273). Argentina: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales CLACSO.

Castro, S. (2012). *La hybris del punto cero. Ciencia, raza e ilustración en la Nueva Granada (1750-1816)*. Venezuela: Editorial el Perro y la Rana.

Castro, S. y Grosfoguel, R. (2007). Giro decolonial, teoría crítica y pensamiento heterárquico. En S. Castro y R. Grosfoguel. (Editores). *El giro decolonial, Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*. (pp. 9-23). Colombia: Siglo del Hombre Editores.

Contreras, M. (2014). *Otro modo del ser o más allá del eurocentrismo*. Venezuela: Centro de estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos.

- Deaton, A. (2015). *El gran escape. Salud, riqueza y los orígenes de la desigualdad*. México: Fondo de Cultura Económica
- De Sousa, B. (2010). *Descolonizar el saber, reinventar el poder*. Uruguay: Ediciones Trilce.
- De Sousa, B. (2010). *Para descolonizar Occidente. Más allá del pensamiento abismal*. Argentina: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales CLACSO.
- Dieterich, D. (2008) *El Socialismo del Siglo XXI*. México: edición de autor. Recuperado de www.carpediem.org.ve/imagenes/Dieterich.pdf
- Dudley, D. (1980). *La teoría económica de John Maynard Keynes*. España: Aguilar.
- Dussel, E. (2014). *16 tesis de economía política. Interpretaciones filosóficas*. México: Siglo XXI.
- Dussel, E. (2000). Europa, modernidad y eurocentrismo. En E. Lander. (Compilador). *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. (pp. 41-54). Argentina: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales CLACSO.
- Escobar, A. (2003). Mundos y conocimientos de otro modo. El programa de modernidad/colonialidad latinoamericano. *Tabula Rasa*, 1, pp. 51-86.
- Foucault, M. (1996). *Genealogía del racismo*. Argentina: Museo de Buenos Aires.
- Grosfoguel, R. (2007). *La descolonización de la economía política y los estudios postcoloniales: transmodernidad, pensamiento fronterizo y colonialidad global*. Panamá: CELA, Centro de Estudios Latinoamericanos Justo Arosemena.

- Godelier, M. (1974). Antropología y economía. ¿Es posible la antropología económica? En M. Godelier. (Coordinador). *Antropología y economía* (pp. 279-333). España: Editorial Anagrama.
- Guarín, G. (2017). Epistemologías del Sur. En S. Alvarado, J. Pineda, K. Correa. (Editores). *Polifonías del sur. Desplazamientos y desafíos de las ciencias sociales*. (pp. 386-429). Argentina: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales CLACSO.
- Hayek, F. (2010). *La fatal arrogancia. Los errores del socialismo*. España: Unión Editorial.
- Jasay, A. (1993). *El Estado. La lógica del poder político*. España: Alianza Editorial.
- Jevons, W. (1998). *La teoría de la economía política*. España: Pirámide.
- Lander, E. (2000). Ciencias sociales: saberes coloniales y eurocéntricos. En E. Lander. (Compilador). *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. (pp. 11-40). Argentina: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales CLACSO.
- León Pérez, D. y Delacoste, G. (17 de mayo de 2016). “Hay que empezar de nuevo” Entrevista con Buenaventura de Sousa. *La Diaria*. Recuperado de <https://ladiaria.com.uy/articulo/2016/5/hay-que-empezar-de-nuevo/>.
- Leona, M. (2009). Cambiar la economía para cambiar la vida. Desafíos de una economía para la vida. En A. Acosta y E. Martínez. (Compiladores). *El buen vivir. Una vía para el desarrollo*. (pp. 63-74). Ecuador: Ediciones Abya-Yal.
- Menger, C. (1997). *Principios de economía política*. España: Unión editorial.
- Mignolo, W. (2010). *Desobediencia epistémica: retórica de la modernidad, lógica de la colonialidad y gramática de la descolonialidad*. Argentina: Ediciones del Signo.

- Mignolo, W. (2007). El pensamiento decolonial: desprendimiento y apertura. En *El giro decolonial. Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global* (pp. 25-46). Bogotá: Instituto Pensar/IESCO.
- Padrón, J. (2008). *Obstáculos para una investigación orientada al desarrollo social*. UCLA, Barquisimeto-Venezuela: IV Jornadas de Investigación e Innovación Educativa.
- Pérez, A. (2014). *Subversión feminista de la economía*. España: Traficantes de sueños.
- Popper, K. (2010). *La sociedad abierta y sus enemigos*. España: Paidós Ibérica.
- Rangel, C. (2006). *Del buen salvaje al buen revolucionario*. Venezuela: Monte Ávila editores.
- Rangel, C. (1982). *El tercermundismo*. Venezuela: Monte Ávila editores.
- Quijano, A. (2000). Colonialidad y modernidad/racionalidad. *Perú indígena*, 13, p. 11-20.
- Quijano, A. (2000). Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina" En Lander, E. (compilador). *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. (pp. 201-246). Argentina: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales CLACSO.
- Rand, A. (1975). *El Manantial*. España: Editorial Planeta.
- Romero, A. (1992). *La sorpresa en la guerra y la política*. Venezuela: Editorial Panapo.
- Rothbard, M. (2006). *Por una economía con sentido*. Alabama: Ludwig Von Mises Institute. Auburn.

- Sartori, G. (1993). *¿Qué es la Democracia?* México: Editorial Patria.
- Smith, A. (2002). *Investigación de la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*. España: Editorial Alianza.
- Smith, A. (1978). *Teoría de los sentimientos morales*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Tzvetan, T. (1992). *Los abusos de la memoria*. París: Paidós Ibérica.
- Vázquez, B. (2011). Ciencia universal, memorias y visibilidad de los saberes sociales. *Revista Cuadernos Latinoamericano*, (22), pp. 22 – 40.
- Walsh, C. (2010). Interculturalidad crítica y educación intercultural. Construyendo interculturalidad crítica. Recuperado de <http://aulaintercultural.org/2010/12/14/interculturalidad-critica-y-educacion-intercultural/>
- Wallerstein, I. (Coordinador). (2007). *Abrir las ciencias sociales. Informe de la comisión Gulbenkian para la reestructuración de las ciencias sociales*. México: Siglo XXI editores.
- Wallerstein, I. (2007). *La decadencia del imperio. Estados Unidos en un mundo caótico*. Caracas: Monte Ávila editores.